

D. Manuel María Barbey

EL ESPIRITU DE SACRIFICIO

A mediados de 1859, se conoció la primera aglomeración de servicio en nuestra naciente red telegráfica. Las circunstancias ponían a prueba la resistencia al trabajo y el entusiasmo profesional de los telegrafistas españoles, que tantas veces se han enfrentado después con situaciones de extremada dificultad, por sobrepasar el tráfico a la capacidad de los elementos disponibles en cada momento. La incipiente red telegráfica, de 7.000 kilómetros escasos de extensión, con poco más de cien estaciones abiertas al servicio, en plena organización, en la que casi funcionaban todavía los aparatos de aguja sistema Wheastone, instalados en 1855, y que acababan de desaparecer aquel mismo año, sustituidos por flamantes morses, servida por personal en plena formación profesional y de las más variadas procedencias, entre los que figuraban los veteranos «torreros» de la telegrafía óptica, noveles alumnos de la recién constituida Escuela de Telégrafos, viejos empleados de Caminos, Canales y Puertos, oficiales de los Cuerpos especiales del Ejército, etc., etc., trabajaba por primera vez a toda presión, transmitiendo las sensaciones de la Patria enfebrecida, desde todos los puntos de la Península a la capital y las órdenes y disposiciones emanadas de la capital a los puntos más distantes de la Nación. Las notas diplomáticas, las órdenes de concentración de batallones que iban a incorporarse a los Cuerpos de Ejército que se formaban en el Sur, las de preparación de elementos de guerra y abastecimientos de los Ejércitos, el movi-

miento comercial, secuela obligada de la guerra; las adhesiones plenas de entusiasmo de la Nación, sacudida por el sentimiento patriótico; las noticias cruzadas entre los que marchaban y los que permanecían, las informaciones de Prensa, todo el hervor que se refleja en las salas de aparatos tanto en las grandes catástrofes como en las grandes glorias o alegrías de la Patria, hacían golpear con ritmo acelerado los martillos y armaduras de los aparatos telegráficos de toda España.

Por primera vez se ofrecía a los gobernantes ocasión para darse cuenta de la importancia que tiene para una nación disponer de una red telegráfica que pueda funcionar con normalidad aun en los momentos más angustiosos, y de la necesidad de que tal red responda en todo momento a lo que de ella puede exigirse.

La aglomeración de servicio llegó a ser tal, que el propio Jefe del Gobierno, general O'Donnell, atento a los más pequeños detalles de organización, se vió precisado a dar una orden a todas las autoridades, orden que circuló por la red telegráfica, en la que se recomendaba *más laconismo en los partes, para no embarrasar al telégrafo.*

Pero no era sólo en la transmisión rápida de un servicio abrumador donde iba a demostrarse la capacidad, el entusiasmo y las posibilidades de la naciente Corporación al servicio del nuevo medio de comunicación. La guerra en perspectiva, acaso no obedeciera tanto a vengar ofensas recibidas de unas cábilas como a demostrar a naciones distintas de la ofensora la potencialidad de España, y era preciso que entraran en juego todos los resortes de su vitalidad. Telégrafos había recibido la orden de organizar las comunicaciones de manera que no faltara al Ejército expedicionario, en el caso de que la guerra llegase, ni la comunicación permanente con la Península ni la comunicación rápida entre sus diversos Cuerpos.

Se presentaban, por lo tanto, para el Cuerpo dos problemas de gran interés: el tendido de un cable a Africa y la aplicación de la Telegrafía a las necesidades de un Ejército en campaña. Mientras Rafael del Moral, Palet, Ravina y otros especialistas que ya estaban ocupándose de los estudios, sondeos y trabajos preliminares para el tendido de un cable a Baleares, dedicaban su atención a la posibilidad del tendido de un cable a Africa, que quedó realizado por la casa inglesa Henley, uniendo las plazas

de Tarifa y Ceuta (1), se iba delimitando la colaboración que Telégrafos había de prestar al Ejército expedicionario.

En 1.º de noviembre apareció una R. O. designando la Comisión que había de ponerse a las órdenes del General en jefe del Ejército de Africa. Esta Comisión estaba presidida por el Director de Telégrafos, Director de Caminos Vecinales y Maestro de Obras, D. Manuel María Barbey, a quien el patriotismo y alto espíritu profesional habían impelido a solicitar la marcha a Africa con carácter voluntario.

Antes de la aparición de esta orden, el Director general, brigadier Mathé, rodeado de lo más granado de la Corporación, Barbey, Solar, Villahermosa, Cabeza de Vaca, Pequeño, Orduña y otros, estudiaba con el mayor cariño los problemas que se presentaban.

Mathé, marino experto y destacado jefe de Estado Mayor del Ejército, organizador en España de la Telegrafía óptica, comprendió perfectamente las necesidades de la guerra, y con una clara visión, que no podía fundarse entonces en la experiencia, concebía la Telegrafía militar, como un sistema combinado de los procedimientos entonces en uso, óptico y eléctrico, feliz conjugación de elementos que todavía sigue utilizándose en los tiempos modernos, después de tantos años, y a pesar de los inmensos progresos realizados en el campo de las comunicaciones eléctricas. Fundado en ello, ideaba un sistema de Telegrafía óptica adecuado a las necesidades de la guerra, y entregaba planos e instrucciones a la Comisión para que la práctica del manejo se adquiriera sobre el terreno, dada la premura con que era preciso actuar.

Pero si en aquella época se tenía experiencia en lo que se refería a la Telegrafía óptica al servicio de los Ejércitos, porque se conocían los sistemas empleados y los resultados con ellos obte-

(1) Este cable funcionó poco tiempo, pues se inutilizó en enero de 1860. Parece ser que la causa fué haberse enredado en el ancla de un barco francés. El servicio prestado fué de gran interés, y los inconvenientes producidos por su falta se hicieron sentir. A pesar de todo se tardó mucho tiempo en tender nuevos cables a Africa, y la experiencia de esta guerra no sirvió para que se acometiese el problema del tendido de cables a las posesiones de Ultramar, como clamaban los telegrafistas y aconsejaban las razones de defensa nacional y de aproximación moral y material. Así pudieron establecerlas otros países y ejercer sobre aquellas tierras la enorme influencia que permite un medio de comunicación, y así llegó el 98, sin que nosotros dispusiéramos de medios propios para comunicar con nuestros Ejércitos, a pesar de las veces que el proyecto se había elevado a la consideración de las Cortes.

nidos en las guerras mantenidas por Inglaterra en la India y en la de Crimea, de los años 1855 a 56, se carecía en absoluto de experiencia acerca de los resultados que pudieran obtenerse con el empleo de la Telegrafía eléctrica en campaña, pues los antecedentes de que se disponía se reducían a la construcción de una pequeña línea entre Varna y Baltschick en la guerra de Crimea en 1854, a las descripciones del material y uso del mismo que en la guerra sostenida por Francia contra las cábilas de Argel, contenidas en el folleto de Mr. Laurencin, recientemente aparecido, titulado «Le Telegraph», y a las noticias que hasta la Dirección habían llegado acerca del material empleado por los telegrafistas franceses que habían actuado al servicio del Ejército en la guerra de aquel mismo año (1859) se sostuvo entre franceses piemonteses y austriacos.

Era, por lo tanto, preciso crearlo todo: el material adecuado a las necesidades de la campaña que se avecinaba. Los sistemas de trabajo, la organización; todo, en una palabra. Era el primer ensayo serio de Telegrafía militar, del que habían de deducirse provechosas enseñanzas.

El material que se proyectó y preparó consistía en seis estaciones sistema Morse completas, perfectamente acondicionadas para el transporte, en cajas que formaban unidades de rápida instalación y fácil manejo; se proyectó emplear como generadores pilas de arena, también debidamente preparadas y acondicionadas para el transporte. Como conductor, se propuso y se adquirieron algunos kilómetros de hilo recubierto de guta.

* * *

La expedición, formada por dos secciones, una de vanguardia y otra de reserva, ambas a las órdenes de D. Manuel María Barbey, embarcó en Alicante en el convoy formado por los vapores «Torino» y «Génova», que llevaban tropas, ganado, material y 1.600 quintales de pólvora y granadas, con destino a Africa.

En las primeras horas de la mañana del 29 de noviembre entraba la expedición en la bahía de Málaga. Entre los pasajeros se distinguían, tanto por la animación con que se expresaban como por la novedad de los uniformes, los telegrafistas, que marchaban por primera vez en la historia de la Corporación a pres-

tar servicios en campaña. Sobre cubierta, a popa, formaban un grupo animado, en el que se encontraban Carlos Donallo, Antonio Villahermosa y Juan Manuel Soriano; en el camarote trabajaban el Jefe de la expedición y el de la Sección de reserva, don Casimiro del Solar.

Fuera, todo era animación, alegría y bullicio; en el camarote, calma propicia al trabajo; se hacía precisa la presencia de Villahermosa, quizá para el estudio de algún punto de telegrafía óptica, y Del Solar salió en su busca. El barco se preparaba en aquel momento a echar anclas.

De pronto, inopinadamente, una explosión enorme, confusión, gritos, carreras, y la terrible voz de «¡Fuego a bordo!». Por causas desconocidas, había hecho explosión parte de la carga, y el fuego se propagaba rápidamente a la Santa Bárbara por la parte de popa. Pasados los primeros momentos, los telegrafistas se acordaron de su Jefe, que quedaba abajo, en la zona invadida por el incendio. Hubo que sacarlo por una escotilla, como alambre a través de una hilera, con el cuerpo desgarrado, mutilado, cubierto de sangre, heridas y quemaduras. El primer pensamiento de Barbey fué para el material telegráfico, que con tanto trabajo se había ido preparando, y en un esfuerzo de voluntad, superior a sus fuerzas, quiso lanzarse a salvarlo; ni él ni nadie lo hubiera podido conseguir, porque hubo que echar a pique el barco, para evitar mayores males. Allí se perdió lo que representaba un enorme esfuerzo, y con ello las posibilidades de éxito de nuestros servicios en Africa. ¡Mal comenzaba la empresa tan brillantemente iniciada!

* * *

A toda prisa hubo que habilitar nuevos elementos; los correspondientes a la Telegrafía óptica no pudieron reemplazarse; los de Telegrafía eléctrica se sustituyeron en parte y como buenamente se pudo.

A fin de diciembre volvió a salir la expedición de Málaga hacia Ceuta. La mandaba entonces D. Francisco Cabeza de Vaca, y la componían Del Solar, Villahermosa, Trigo, De Benito, Del Busto, Alvarez Larrubia, Donallo, Soriano, López Samaniego, Peineux, Pardo, Orduña, Dorado, Oroz y Arrizola.

Quedaban en Málaga, heridos de resultas de la explosión,

Barbey, Fuertes, Acevedo y Oroz. Barbey, que con tanto cariño preguntaba por sus *estaciones* cuando se desangraba en la cubierta del «Génova», no había de volver a ver una estación telegráfica, porque de resultas de sus heridas quedó ciego.

* * *

La primera labor a realizar en Africa fué la construcción de una línea aérea desde el castillo de El Hacho a la Comandancia de Ceuta, y otra de la misma Comandancia al Cuartel general del primer Cuerpo de Ejército, acampado en el Serrallo. Estas líneas, que enlazaban tres estaciones, permitían al Cuartel general conocer en todo momento los más pequeños movimientos de enemigo, antes de que tuviera tiempo de acercarse a nuestras líneas de defensa.

Después, el avance con el Ejército, el campamento de la Concepción, la batalla de los Castillejos, el campamento del *hambre*, la acción de Cabo Negro, Río Martín y el sitio de Tetuán; más de un mes siguiendo las penalidades y las glorias del Ejército; luchas, hambre, inclemencias del tiempo y el duro azote del cólera, sin poder prestar servicios de utilidad por falta de elementos, pues no podía pensarse en construir una línea que mantuviera el contacto con Ceuta a través de terrenos que iban dejándose atrás en la gloriosa marcha a través de tierras enemigas, y faltaban los elementos perdidos en la catástrofe del «Génova» para montar la línea de telégrafos ópticos, que hubiera sido el sistema indicado.

«El Ejército iba avanzando—escribía algún tiempo después de la guerra D. Antonio Villahermosa—por los Castillejos a las »Lagunas, y un furioso temporal no tardó en incomunicarlo con »la plaza de Ceuta y campamento del Serrallo. El huracán arreciaba, y la escuadra tuvo necesidad de ir a buscar abrigo y seguridad en Puente Mayorga. Tres días angustiosos, terribles, se pasaron en aquel campamento, llamado del *hambre*, y, aunque »el brío de nuestros soldados no decayó un instante, se veía, sin embargo, pintada en todos los semblantes la ansiedad del que espera, fijas las miradas en la mar embravecida. Inútilmente se »buscaba la señal que indicara un pronto socorro, y los víveres »iban a faltar por completo. Ninguna noticia se tenía en Ceuta »de la situación del Ejército, aunque se suponía tendría escasez de »víveres.

» ¡Cuántos sinsabores, cuántas incertidumbres, y tal vez
» cuántos peligros no hubiese evitado en aquellos días una comu-
» nicación telegráfica con Ceuta, cualquiera que hubiese sido su
clase! » (2).

En aquellas angustiosas horas adquirió Villahermosa la experiencia que tan brillantemente había de utilizar en campañas posteriores, y los telegrafistas en general encontraron la base sobre que cimentar su interés, mantenido durante muchos años, por la telegrafía óptica, a pesar de ser la eléctrica su misión definida y concreta (3).

Entre Fuerte Martín y la Aduana se estableció después una comunicación, valiéndose del cable forrado de guta, tendido en el lecho del río, comunicación que se prolongó hasta Tetuán, mediante una línea aérea, después de tomada aquella plaza. Otra línea de la misma clase se utilizó para enlazar Tetuán con la Alcazaba.

* * *

Mientras tanto, Barbey seguía su curación lentamente, interesándose continuamente por el desarrollo de la campaña y por la labor realizada por la Corporación; hasta él llegaban también y le producían gran indignación las protestas y quejas de algunos periódicos de Madrid contra el despilfarro que representaba llevar a Africa ferrocarriles y telégrafos, protestas faltas de sentido, que hicieron exclamar al cronista de la guerra:

«...con todo, repito, nos entusiasma considerar que los españoles hemos traído a este caduco y estacionario Imperio los más
» ópimos frutos de la civilización. Un barco de vapor rompe hoy
» las ondas del Guad-el-Jelú, y esta nave ostenta el pabellón amarillo y rojo. Ayer quedó establecido un telégrafo entre Fuerte
» Martín y la Aduana, y el vívido alambre, al transmitir el pensamiento humano, lo hacía en el habla de Castilla. Mañana que-

(2) «Memoria sobre un semáforo de campaña», D. Antonio Villahermosa.

(3) Los servicios de campaña llevados a cabo en distintas ocasiones por los telegrafistas hicieron que éstos se interesaran grandemente y por mucho tiempo en la Telegrafía óptica, y así existe un gran número de telégrafos ópticos y semáforos ideados por los telegrafistas civiles e incluso algunos aparatos de transmisión nocturna ideados por nuestros compañeros, entre los que merece citarse el de Aguinaga y el de Bonet, que utilizaba luz Drumont. La Telegrafía solar también mereció la atención de nuestros colegas del siglo pasado, y las revistas telegráficas de aquella época abundan en estudios sobre el sistema Sisqués y las experiencias realizadas para el empleo del heliógrafo, allá por el año 1876.

»dará tendido un ferrocarril sobre esta llanura, y será también España la que dé nombre a este camino.

»Pero, ¿qué significa todo esto?, diréis, acaso. ¿A qué sellar tan solemnemente un suelo que no nos proponemos conservar, que para nada necesitamos y que sería un gravamen en nuestro poder? Vamos por partes, señores míos. Estas grandes y costosas obras (como las llaman los periódicos madrileños) no se construyen para empeñar prendas para el porvenir, sino para satisfacer necesidades urgentes de la guerra. El camino de hierro, verbigracia, no pasa de un par de kilómetros, y es, en resumen, un medio cómodo y decente de trasladar el inmenso material de guerra a través de esta pantanosa llanura. El telégrafo es también necesario, estrictamente necesario, para mantener una rápida inteligencia entre el Cuartel General y la Escuadra, el día que marchemos sobre Tetuán... En cuanto a los barcos de vapor..., no creo que estemos en el caso de anularlos, a fin de no comprometernos con la Historia...» (4).

Los servicios prestados por estas estaciones fueron excelentes, y de las experiencias entonces obtenidas comenzaron a delinearse las ideas acerca de la Telegrafía militar, que más tarde se fueron concretando en campañas posteriores, y que cristalizaron en España en la creación del batallón de Telégrafos, en el año 1875, para servicios de primera línea, y en el criterio formado entonces y corroborado también en todas las campañas de que el personal de Telégrafos, sirviendo la red permanente y la provisional de enlace con la del Ejército, le siga muy de cerca, en íntimo contacto con él, operando casi en el fragor de la batalla, para que en ningún momento se pierda la comunicación con la retaguardia, criterio que dió lugar a la promulgación del Reglamento de Campaña del Cuerpo de Telégrafos, aparecido en 1877.

* * *

Cuando terminó la guerra, Barbey estaba ya restablecido de sus heridas, pero ciego. No había podido recoger la parte de gloria que le correspondía en la preparación de la primera sección de Telegrafía eléctrica al servicio de España, y casi puede decirse que la primera que actuó de manera seria en el mundo; pero su

(4) Alarcón, «Diario de un testigo de la guerra de Africa».

gesto en la cubierta del «Génova» es todo un curso de cómo debe entenderse el cumplimiento del deber.

La ceguera le separó de una Corporación a la que amaba ardientemente; pero no le impidió seguir trabajando en el campo de sus actividades, y, ciego, tradujo y publicó varias obras, entre ellas las Matemáticas de Cirodde, pensando principalmente al hacerlo en la preparación matemática de los futuros telegrafistas, y, ciego, dió conferencias y cursos de Telegrafía en diversas Sociedades científicas. Separado de Telégrafos, siguió siendo mientras vivió un telegrafista.